

CASTRO considera que es hora de reivindicar determinados textos y autores de la Antigüedad que la censura de la enseñanza religiosa ha marginado de la escuela, a pesar de su interés didáctico y literario, como nuestro **Marcial**, del que selecciona una serie de epigramas para su lectura en clase.

Jozef VEREMANS trata la cuestión de la *imitatio* para los romanos, a través de la actitud de Ovidio en un poema cuyo tema había tratado Catulo pero en el que él parodia el género del **epicedio** y sus distintos lugares comunes. También Reinhold F. GLEID hace una defensa teórica y práctica de la **parodia** literaria como texto escolar, por permitir captar mejor las características del género que en cada caso sirve de base. Con el análisis y comentario de un texto de Livio (IX,4,7) Carmen CODONER ejemplifica la utilidad y función de la **retórica** en la enseñanza del latín. Olga PERIC pone de relieve la asombrosa actualidad de la **fraseología** latina en las lenguas modernas de Europa, debido al prolongado influjo de la literatura de Roma en Occidente. André ARCELLASCHI (que es como aparece su apellido en el índice y en una nota) pinta un cuadro vivo sobre la significación de **Ennio** como un extranjero que transmitió a la lengua latina la concepción filosófica y poética de Grecia, reencarnando en Roma a Homero y Pitágoras, y haciendo igualmente romanos el epicureísmo y el estoicismo.

La relativa dificultad que, para un aprovechamiento inmediato y exhaustivo, pueda plantear en algún caso el que los distintos trabajos estén redactados en castellano, francés, inglés, alemán e italiano, queda soslayada por la utilidad de sus contenidos para tantos profesores de latín y griego, tanto de enseñanza media como superior, y por la posibilidad de aprovechar siempre la información fundamental. Por otra parte, los responsables de editar las Actas del próximo *Colloquium*, que, sin salir de la Península, tendrá lugar en Lisboa en 1998, habrán de esmerarse para igualar en calidad y eficiencia la edición de este volumen. En todo caso, es de desear que cuente con un éxito similar de participación, y que las contribuciones en pro de la enseñanza de las Lenguas Clásicas resulten tanto o más útiles e interesantes que éstas.

J. Pascual Barea

J.A. HERNÁNDEZ GUERRERO, M.C. GARCÍA TEJERA, *Historia breve de la retórica*, Madrid, Editorial Síntesis, 1994, 222 págs.

Esta *Historia breve de la retórica* de los profesores Hernández Guerrero y García Tejera tiene por objeto fundamental, según explican los autores en la introducción, invitar al lector, “un público amplio y heterogéneo”, “a un estudio más amplio y profundo” de una disciplina que desde hace varias décadas ha vuelto a ocupar un lugar destacado dentro de los estudios humanísticos. El medio para lograrlo es la presentación clara y esquemática de los principales momentos que, desde sus fundamentos griegos hasta los nuevos enfoques del siglo XX, ha venido conociendo la retórica. De ahí que la impresión general que queda al lector sea la de que el renacimiento presente del interés por la retórica recoja las ricas posibilidades, ahora actualizadas, que ya encerraba la materia desde sus momentos teóricos más brillantes en la antigüedad grecorromana, una vez superados los prejuicios nacidos de una tradición escolástica y repetitiva hasta la saciedad.

El recorrido histórico se estructura en una serie de capítulos dedicados a la retórica griega, la latina, la medieval y, en capítulos también independientes, a los siglos XVI, XVII, XVIII, XIX y XX. Los temas caracterizadores de cada etapa se le presentan al lector de acuerdo con sus exigencias propias. De ahí que en el tratamiento de la Edad Media y del Renacimiento se desarrollen cuestiones generales como la de las “artes medievales”, la influencia de Bizancio o la “querrela ciceroniana”, mientras que a medida que nos adentramos en la Edad Contemporánea la materia se presenta como una rica sucesión de obras relevantes de cuyo contenido se ofrece una síntesis precisa. Por fin, los nuevos planteamientos del siglo XX, explicados a partir del nuevo interés que despierta la retórica en disciplinas como la filosofía o la lingüística, añade a la erudición de los siglos anteriores (particularmente brillante en lo que respecta a las retóricas españolas de los siglos XVIII y XIX) una adecuada ordenación del complejo material bibliográfico ante el que se encuentra el lector moderno interesado en el tema, lo cual satisface el fin perseguido por los autores.

La exposición de la historia de la retórica en la Antigüedad se subdivide en los clásicos capítulos dedicados a Grecia y Roma, aunque el tratamiento pormenorizado de Agustín de Hipona, de la relación entre paganos y cristianos y de la retórica griega o “bizantina” de los siglos IV y V p.C., incluido en el apartado medieval, correspondía más propiamente al mundo antiguo. Dentro de los límites lógicos de una obra que aspira a ser una introducción para el público no especializado, resulta bastante completa en lo que se refiere a los grandes nombres, como Aristóteles, Cicerón o Quintiliano, de quienes se extrae lo más fundamental de sus doctrinas. A ello se añade el mérito de dedicar unas páginas a los autores griegos de época imperial que cualquier estudioso de la Antigüedad jamás encuentra en los manuales habituales, a pesar de su enorme influencia práctica en los siglos posteriores, así como el de situar adecuadamente en el movimiento sofístico de época clásica las raíces de los desarrollos posteriores. Sólo se echa en falta un apartado dedicado al rétor Menandro, por lo demás citado entre otros autores, ya que sus tratados sobre el género epidíctico modernamente editados por D.A. Russel y N.G. Wilson (Oxford, 1981), desempeñaron un importante papel desde el siglo IV en adelante, particularmente en Bizancio.

Por último, esta introducción a la investigación de la retórica proporciona una espléndida bibliografía de fuentes y estudios generales enormemente útil para penetrar en cualquiera de los períodos estudiados. En lo que a la Antigüedad se refiere, no faltan las grandes obras de conjunto y, lo que es particularmente interesante para el estudioso, incluye las recientes traducciones castellanas de autores que como Hermógenes o Dionisio de Halicarnaso no son lo suficientemente conocidos por quienes se mueven fuera del campo de la filología clásica. Por ello, en definitiva, es de esperar que un trabajo tan valioso como éste que reseñamos sirva no sólo para despertar en el lector el interés por la neoretórica, sino también para que nuevos estudios de las fuentes históricas (destacados por los autores en el último capítulo) ayuden a conocer mejor una realidad a menudo encasillada en grandes nombres y fórmulas escolares que ocultan su auténtica riqueza.

J. Ritoré Ponce